

DAR A LUZ EN CHILE, SIGLO XIX:
DE LA “CIENCIA DE HEMBRA” A LA CIENCIA OBSTÉTRICA
DE MARÍA SOLEDAD ZÁRATE CAMPOS*

Alejandra Araya Espinoza

El libro de María Soledad Zárate tiene como origen una tesis doctoral, una investigación que viene a llenar un vacío fundamental de nuestra historia social: cómo se nacía, dónde y quiénes se hacían cargo del difícil momento del parto en una época en que este se institucionaliza como cosa de lo público y el Estado hace esfuerzos por implementar una red hospitalaria y formar a los profesionales competentes para hacer frente a las altas tasas de mortalidad infantil y de mujeres por fiebre puerperal. Es un libro que hace justicia al protagonismo de las mujeres desde el deber ser que, aunque sacralizado socialmente, no es reconocido en su importancia histórica: dar a luz. Sin este hecho fundamental, parir, no hay historia de sujetos de carne y hueso.

El presente volumen de la revista *Anales* de la Universidad de Chile se dedica a la población como tema político, social, demográfico, económico y cultural. Es por esto que el libro de Zárate debe ser nombrado en él porque es pionero en hacer del parir un problema histórico relacionado con un nuevo saber político –como ha señalado Michel Foucault para el caso francés– que tiene en la noción de “población” el centro de sus preocupaciones¹. El concepto de “gobierno” se modifica en el siglo XVIII hacia el de un “gobierno de los hombres”, que explora especialmente en tratados de economía política, y en tono muy menor en los registros parroquiales de mortalidad. Ya en el siglo XIX la ciencia estadística es la herramienta vital de esta nueva forma de gobernar. Es en este tipo de registros donde Zárate explora esta historia, así como en la prensa, los registros médicos y los datos sobre la formación de las matronas, versión “científica” y regulada de las tradicionales parteras, proceso que también se hace visible en la segunda mitad del siglo XVIII para el caso chileno.

La historia de cómo se daba a luz en el siglo XIX es la historia de las mujeres, la del Estado como *res pública*, la de la medicina y la separación que se instaló entre el saber “hembras” y de los hombres revestidos de mayor autoridad por el discurso de la ciencia y el reconocimiento por parte de la Universidad de Chile. Sin embargo, la formalización de las llamadas ciencias médicas fue mucho más lenta de lo que podríamos pensar, y corrió por canales institucionales diversos, tanto públicos como privados, iniciando por un curso para matronas en 1834. La formación y vigilancia de las mujeres que se encargaban no solo de ayudar a parir, si no también de la recuperación de las parturientas y

* Zárate Campos, M.S., *Dar a luz en Chile, Siglo XIX: De la “ciencia de hembra” a la ciencia obstétrica*, 2da. edición, Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado, 2008, 686 páginas.

1. Michel Foucault desarrolló esta propuesta en todo el curso del año 1978. Véase al respecto Foucault, M., *Seguridad, territorio, población*, Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2006.

los primeros cuidados de los infantes, es una historia que carece –como en gran parte de la historia de las mujeres– de testimonios directos y de reconocimiento de autoridad como conocimiento hasta hoy, en que la tríada obstetra, neonatólogo y matrona señala claramente los lugares en que la relación entre teoría y práctica jerarquiza los saberes que el título del libro señala: de la “ciencia de hembra” a la “ciencia obstétrica”. Sin embargo, Soledad Zárate logra rescatar, si no las voces, los murmullos de estas mujeres que –recomendadas por hombres especialmente por su calidad moral y honor– dan cuenta de una historia de mujeres de sectores medios que, al igual que las maestras, siguieron caminos de autonomía económica e intelectual en ámbitos fundamentales para la conformación del nuevo Estado nacional.

La historia que se nos cuenta en este libro es un maravilloso viaje desde los partos con mal final transformados en nota roja en la prensa de la época, hasta el reconocimiento del arte de parir en las matronas certificadas por la Universidad; así como por las calles de Santiago y la localización de las parteras en todos los barrios, haciendo visibles a las mujeres de una manera conmovedora. Es, en lo profundo, la historia de la batalla contra la muerte, aunque, trágicamente, las mujeres quedan siempre en segundo plano respecto de la importancia de salvar a los niños por sobre las madres. Entre 1854 y 1920, y solo en este período, es que podemos encontrar datos estadísticos respecto de los nacimientos de niños y de las muertes de sus madres; esto no es menor respecto de la larga historia de un acontecimiento vital en nuestra sociedad. Sabemos, entonces, desde hace un poco más de un siglo, las condiciones en que la población puede o no reproducirse para la sobrevivencia del Estado nacional. Y todavía reconocemos muy poco a las matronas, que siguen siendo personas claves para las mujeres en el momento del parto. Su experiencia cuerpo a cuerpo cubre todos los vacíos que el saber médico intenta llenar con la jerga científica y proporciona la confianza necesaria para borrar las posibilidades de muerte que hoy solemos olvidar por exceso de confianza en la ciencia obstétrica.